

# El español, una lengua en pie de guerra

DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO  
DE NÚMERO A LA ACADEMIA PANAMEÑA  
DE LA LENGUA

Panamá, 16 de diciembre de 1995

por **D.<sup>a</sup> Isabel Barragán de Turner**

Las instituciones tutelares para la vida y cultura de los pueblos suelen tener nobles tradiciones cuya práctica perseverante les gana el respeto y acrecientan el influjo que ejercen sobre los demás miembros del cuerpo social. Entre estas, las academias de la lengua tienen sus necesarios ritos. Para cumplir con uno estos hoy tengo el honroso deber de pronunciar el discurso de ingreso que se nos exige a los académicos electos para cumplir con el ritual de la investidura.

Por deferencia del destino me toca ocupar el sillón de quien fuera mi profesor y maestro, D. Ismael García Stevenson. Un entremezclado sentimiento de orgullo y de humildad se agita en mi ánimo, pues debo a D. Ismael una parte significativa de mi formación académica y profesional, lo que ensaña mi pecho. Me corresponde ocupar el sitial que él prestigió con sus bien definidas dotes intelectuales y humanas, sitial que también enaltecí con su sobresaliente actuación como académico y director de esta ilustre corporación esto me obliga a aceptar el cargo como un compromiso que exigirá de mí una gran responsabilidad intelectual, ya que además de meritoria labor en la Academia Panameña de la Lengua, en cuyas memorias y boletines quedan plasmados sus sesudos aportes, también fue significativo su desempeño como profesor y administrador de la enseñanza media. Muchas generaciones recibieron su bienhechora influencia en las aulas del Instituto Nacional, del que fue su bien recordado vicerrector y rector.

Sus aportes a la cultura nacional fueron importantes y han quedado plasmados en su obra escrita, en su *Historia de la literatura panameña*, en su libro *Caminos*, primer premio del concurso abierto por el Ministerio de Educación para textos de lectura en 1943, y en sus muchos artículos y ensayos. En la docencia universitaria sirvió en las cátedras de Gramática Española, de Composición y Estilo y de Literatura; a todas dio lustre y prestigio, no solo por su sólida preparación sino también por su académica entrega y por la generosidad que mostró en la formación de muchos profesores de Español, a quienes les brindó algo más que sus conocimientos, les ofreció su vida como ejemplo de sobriedad, de

disciplina y de dedicación a las tareas de la mente y del espíritu, las que en verdad ennoblecen y aquilatan a los hombres.

En una evaluación crítica del *Diccionario de anglicismos* de Ricardo J. Alfaro, D. Ismael García Stevenson expresa el siguiente comentario: “La actitud purista del académico tradicional resulta hoy inoperante y ridícula. Hay que aceptar, de acuerdo con Andrés Bello, que el pasmoso progreso de hoy día exige ‘signos nuevos para ideas nuevas’ y que ‘no debe asustarnos la introducción de palabras flamantes tomadas de las lenguas antiguas y modernas’”...

Esa opinión liberal de D. Ismael me hizo meditar sobre la constante ebullición del fenómeno lingüístico y me obligó a recordar la muy conocida profecía de Rufino José Cuervo, quien, al observar las brechas existentes entre el español coloquial de los distintos países hispanohablantes y el español formal y estándar, propio de la lengua escrita, vaticina: “Estamos, pues, en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados como quedaron las hijas del Imperio romano”.

Creo poder atinar si atribuyo la confianza que se palpa en declaración de D. Ismael a la incertidumbre que él tenía de que la esencia de nuestra lengua no se desnaturalizaría por agregar vocablos nuevos a una estructura morfosintáctica estable y sólida, la que, además, era custodiada con gran celo por un formidable sistema educativo que ofrecía en todos nuestros países la oportunidad de conocer, analizar y bien utilizar nuestra lengua. La enseñanza del español descansa en el patrón de la lengua escrita, que, a su vez, reflejaba la lengua general o estándar y el paradigma de la lengua culta formal.

Además, la educación, que en la mayoría de nuestros países había sido intelectualmente selectiva, no había sufrido todavía las inclemencias de la masificación y el consiguiente deterioro de la calidad de la enseñanza. La educación se basaba en los textos, es decir, en el libro y en la lectura. El lenguaje escrito era la única fuente fiable y durable de conocimiento.

Por otra parte, existía en el aparato estatal y en la comunidad social una censura implícita que se imponía al desaliño y el mal empleo de la lengua. Los textos escolares, las revistas, los periódicos, hasta la literatura de cordel, se presentaban con una aceptable dignidad y corrección lingüísticas.

Con todo lo expuesto, es necesario reconocer que hace tres décadas se leía, era necesario, imperativo leer para saber y conocer, para informarse, para divertirse, para

evadirse, para todo era indispensable leer. La lectura, es decir, la lengua estándar, la norma culta formal, alimentaba creciente y constantemente los patrones lingüísticos de los usuarios y en las personas con alguna educación y lecturas, él hablaba con mucha justeza el paradigma de la lengua culta. El habla popular matizada de giros y expresiones pintorescas podía ser ejemplo de habla informal. Por supuesto que también coexistían variantes vulgares y jergales, pero el uso de estos registros estaba circunscrito a áreas marginadas o al de aquellas personas que carecían de mínima educación escolar.

Hoy el panorama que se nos presenta nos parece significativamente diferente. La revolución tecnológica, que constantemente nos sorprende y atolondra con los drásticos cambios que impone a nuestra vida cotidiana, también araña las estructuras idiomáticas, no solo porque los ordenadores computadoras, digo mal, sus programadores y los malos políticos siempre miopes, pretendan decapitar la ñ y desmembrarle su inseparable vírgula y asimismo hacer desaparecer como grafías independientes la *ch* y la *ll*, descomponiendo un sistema en el cual las discrepancias entre pronunciación y ortografía, entre los elementos fonológicos y su representación gráfica son muy escasas, sino también porque la lengua oral ocupará crecientemente el lugar que tenía la lengua escrita como la que fijaban los paradigmas lingüísticos.

Creo que todos sabemos que la lectura y el dominio de la lengua escrita ya no es imprescindible para conocer y saber, para divertirse, para evadirse, para llenar las oquedades de la existencia. Los libros comienzan a ser lo que fueron en la Edad Media, un material solo para iniciados —y cada vez son menos los cofrades. Una minoría cada vez más seleccionada utiliza el lenguaje escrito como fuente de adquisición y transmisión del conocimiento, de la ciencia, de las técnicas; pero aun esta devenga del lenguaje icónico y de la lengua oral otros conocimientos, informaciones y diversiones.

Las grandes masas reciben a través de la radio, de la televisión y de otras formas audiovisuales la información y el entretenimiento que llena sus vidas. Es decir, no son los patrones confiables y estables de la lengua escrita, sino los inconstantes y mutables de la lengua oral los que proporcionan a los millones de usuarios del español los paradigmas lingüísticos que deben emplear cotidianamente.

Debemos reconocer, sin embargo, que la radio y la televisión ofrecen algunas ventajas que, si se utilizan con sabiduría, brindarían a esos millones de hablantes del español la oportunidad de tener buenos patrones de lengua. Observamos, por ejemplo, que las series de televisión que son dobladas, por actores profesionales, de una lengua

extranjera al español, brindan al hablante muestras de una dicción cuidada, el uso de un vocabulario del español general y escasos errores morfosintácticos. En cambio, los programas que se producen en español en los países hispanoamericanos, sobre todo aquellos que son de variedades musicales o de las series llamadas telenovelas, proporcionan a los hablantes variedades dialectales que enfatizan el empleo de la entonación regional, del vocabulario local y, además, de muchos vulgarismos y errores de toda índole.

Los programas de noticias merecen un comentario especial. A pesar de que la lengua que se presenta en los medios audiovisuales es la oral, en realidad, está respaldada por un guion, es decir, por el código de la lengua escrita en cuya estructura se emplean, como ya se ha dicho, los patrones de la lengua estándar y de la lengua culta. Esto ocurre, sobre todo con los programas traducidos de otras lenguas, con algunos espacios muy serios que tienen celo por presentar un ejemplo de habla bien cuidada y culta y con los llamados documentales. Las noticias se redactan al filo del presente, con la inmediatez del relámpago. No admiten, por tanto, decantación, pulimiento y corrección. Se expresan con esa modalidad contemporánea del habla, que es el llamado estilo periodístico, que se caracteriza por los trancos con los que salta de una idea a otra, sin conectarse, sin señaladores deícticos o anafóricos, muchas veces con transgresiones a la lógica. A esto hay que sumar que, con las maravillosas técnicas actuales de comunicación, recibimos instantáneamente reportajes espontáneos, es decir, sin el apoyo de un libreto, de corresponsales de prensa ubicados en todos los países de este renovado mapamundi. Oímos todos los acentos y también todas las variantes dialectales en la realización de los fonemas y en el empleo del léxico. Pero, sobre todo, por la preponderancia hegemónica de los Estados Unidos y, porque muchos programas de noticias hablados en español se originan en las comunidades hispanohablantes del país del Norte, escuchamos un adulterado acento anglicado, una inauténtica forma de pronunciar que no es de aquí y tampoco de allá, pero que está nimbada por el prestigio y el fausto que rodea a las figuras que asoman sus rostros por esa pantalla pequeña que hoy sustituye al libro y que, por supuesto, invitan a ser emulados en su estampa y en su forma de hablar.

Quisiera hacer un obligado paréntesis: el español es un idioma en pie de guerra, lucha por mantener su esencia, por preservar su hidalga estructura, la que está metida en las neuronas que el cerebro dispone para el habla y en los latidos con los que en el corazón se arraigan las palabras de las nanas y los arrullos maternos.

Libra una lucha agónica en la España plurilingüe, en el Puerto Rico de las tradiciones y de las indefiniciones; en el México de la dolorosa frontera; en mi invadida y

noble Panamá; en la Venezuela petrolera y codiciada; en todos los países nuestros donde el neón anuncia en angliarla lo que se vende, lo que está de moda y lo que da prestigio.

El castellano, la lengua de Castilla que fue después la lengua de toda España y que vino a América como compañera del Imperio —al decir de Nebrija— y que se enseñoreó en sus playas, en sus llanuras y pampas, en sus altivas montañas, conquistó territorios que hoy identificamos como California, Tejas, Nuevo México y Florida, los que ahora pertenecen a un poderoso Estado angloparlante, está en la saga de la reconquista. Así como busca el toro la querencia, de igual forma nuestra lengua ha ido a recuperar el terreno perdido y ha ido llenando el aire que tiene sus ecos con las palabras que usó Quevedo, que escribió Neruda. Nuestra lengua española, algunas veces vacilante desfigurada y empeñada, siempre insistente, con altibajos, tremendas dudas y enormes vicisitudes, sobrevive y llena el mismo aire en que flotó orgulloso el pendón de la Corona de España.

Hay una academia norteamericana de la lengua española que está empeñada en mantener el espíritu del Quijote; el de Facundo y el de Santos Luzardo cabalgando por esas tierras norteamericanas. Para esto estudia acuciosamente los problemas y busca soluciones que permitan la sobrevivencia del idioma de esta gran sociedad hispana. También hay una comunidad a veces orgullosa castizamente activa y otras confundida, apabullada, como lo podemos observar en los textos que citaremos.

Este que muestra orgullo:

¿no descendes amada  
de la castellana torre  
que de viejas sangres  
volando por el tiempo has llegado  
al presente alada?

En contraste, este poema titulado

#### **Discurso de graduación**

tengo las venas aculturadas  
escribo en *spanglish*  
Abraham en español  
Abraham en *english*  
Tato en *spanish*  
Tato en *inglish*  
tonto en *both languages*  
...  
hablo lo inglés matao

hablo lo español matao  
no se leer ninguna bien  
¡ay, virgen, yo no se hablar!

De esa parcela de nuestro atlas lingüístico llegan muchos programas de televisión para el público hispanoamericano y español. Muchos son los modelos de habla que nos llegan de los territorios en plena reconquista lingüística y cultural, mucha es la influencia que la radio y la televisión de esos lares ejerce sobre una población semiculta cuyo único paradigma lingüístico es el habla que vibra en los receptores de radio y se llena de colores en la televisión.

Por eso, como decía Bello: “El pasmoso progreso —cada día más asombroso progreso— exige signos nuevos para ideas nuevas”. Yo agrego, para realidades diferentes; exige buscar las fórmulas precisas para cumplir con la misión de las academias de la lengua. En el caso de nuestra Academia Panameña, promover el estudio, el correcto y apropiado uso y la defensa del idioma español; esclarecer los modos peculiares de hablarlo y escribirlo en Panamá. Sin menoscabar la unidad de la lengua común. Difundir la obra literaria de grandes escritores panameños.

Y para todas las academias en verdad el genuino mandato es la defensa de la unidad y esencia del idioma común de estos pueblos multirraciales y pluriculturales. La defensa de una lengua en la que amamos y odiamos gentes de tantas cataduras y leyes.

Quiero insistir en destacar una realidad cultural importante, que ya había advertido Rufino José Cuervo: el lenguaje oral, el habla coloquial es como la rosa de los vientos, cada región, cada espacio cultural, cada estrato social, cada etnia fragmenta el sistema que la lengua supone en múltiples expresiones de habla; en cambio, la lengua común es una resultante del disciplinado esfuerzo de la lengua escrita que nutre lo que hoy denominamos lengua estándar o lengua general, aquella que es común a todos los usuarios, en su acento, en la realización de los fonemas en el léxico y en los paradigmas morfosintácticos. Si la lengua escrita es del consumo de microscópicas minorías, ¿qué será del español estándar?, ¿qué ocurrirá con nuestra lengua común, con la lengua que es la empleada por los millones de usuarios de esta pujante comunidad hispana?

Frente a esta terrible pregunta quiero parafrasear las palabras de Dámaso Alonso en su célebre discurso «Defensa de la lengua castellana (misión de las academias)»: Soy sincera. Sí me interesa pertenecer a la Academia Panameña de la Lengua. Tengo confianza en que las academias lucharán por preservar la unidad de la lengua y se constituirán en organismos verdaderamente adecuados a las necesidades de los días que vivimos.

No se trata solamente de registrar nuevos vocablos en los diccionarios, se trata de tener autoridad en la comunidad, de ser órgano de consulta obligatoria, de favorecer el estudio de todos los modos de hablar y escribir. De insuflar en la comunidad, en todo el cuerpo social, una renovada intención de defender nuestro idioma porque es vínculo y puente. Además, hay que analizar para extirpar las fórmulas depredadoras y alienígenas que puedan poner en peligro este maravilloso instrumento de comunicación de la comunidad hispanohablante que agrupa millones de esperanzas en un mundo mejor, que solamente se podrá construir con los acuerdos que se establezcan con las finas y durables urdimbres de la lengua.

Las academias de la lengua, y particularmente la Panameña, deben realizar su mejor esfuerzo por dilatar y hasta esfumar la ingrata profecía de Rufino José Cuervo, y lograr unidos “como la plata en las raíces de los Andes” que nuestra lengua perdure muchos soles y muchos desatinos porque amamos esta lengua sonora y adusta, lengua de copla y soneto; lengua para decir las proclamas y para escribir los panfletos; lengua para rezar con fe y para proferir las blasfemias; lengua con la que se amasa el pan y con la que el hambre se amengua, lengua nuestra de cada día, lengua de vida y de muerte; lengua de amor y milagro, lengua castellana altiva con la que cantamos a la patria, arrullamos a los hijos y hablamos de tú a tú con Dios, el que vino misionero en las blancas carabelas, en esos que dejaron en las arenas pulidas, en las verdes soledades de las selvas y las inmensas alturas estelares, las palabras, todas las palabras de este idioma que ahora es tan mío y de ustedes, como de los castellanos.